

Transgrediendo las cercas

Yeomi Canarreo
Escritor y periodista
La Habana, Cuba

El principio

Está ocurriendo algo inesperado, impensable hace sólo cinco años...

Parecía «secuela ya liquidada del oprobioso pasado capitalista», mas un sorprendente factor de modernidad consumista resurge imbatible en la Isla, en el depreciado cubano de hoy. Y viene a caballo e impulsado por un elemento novedoso: la pujante revolución de los medios de comunicación. Luego del tenaz aislamiento tecnológico sufrido durante el último medio siglo, esto no deja de sorprender. Con un tajo totalitario se alejó al isleño del confort y la tecnología norteamericana y de la cultura occidental. Su ausencia lo llevó marchando uniformado y gritando consignas durante demasiado tiempo. Ahora ese disfraz partisano comienza a padecer un deterioro creciente. Y como por un exorcismo de la distante masa crítica de la globalización, se renueva el inquieto espíritu de la sociedad civil.

El fenómeno sorprende hasta a las siempre avizoras autoridades. Las toma con la guardia baja. ¿Cómo impedir que se propague algo que lleva, bien oculto en el bolsillo,

quien parece más revolucionario y obediente? ¿Cómo reprimir un perfecto vehículo de información subrepticia, algo tan revelador que cabe en esa memoria *flash* que se confunde con un mechero? ¿Cómo lograr que no salte hacia todas las pantallas a la redonda, con nuevas imágenes y palabras, incansablemente, desde centros de trabajo a hogares y también en sentido contrario, entre amigos y desconocidos, emergiendo donde menos se espera, despertando del estupor al cansado *hombre nuevo*?

Sí, es una pandemia inasible esta información prohibida que va de todo tipo: programas políticamente irreverentes de la TV miamense y anuncios de venta de anabolizantes en Revolico.com; porno nacional y extranjero en Ipods, revelaciones de la vida íntima de la nomenclatura en DVD. Atrevidas propuestas de negocios privados viajan de celular a celular, sin cable por medio, y violan la *legalidad socialista*. Compulsa a todo el mundo, y hasta los *segurosos* de los estrechos círculos del poder parecen ponerse a pensar en futuro. Con las sofisticadas cámaras digitales que sus jefes facilitan para garantizar el adecuado espionaje de los díscolos y súbditos en general, filman escandalosos secretos e interioridades del régimen, teniendo bien guar-

dado en mente venderlos desde ya (como quizá pasó con las dantescas fotos de los hipotérmicos de Mazorra) o guardarlas para cuando deserten. Gracias a la misma corriente que los favorece, el buscavidas que vendía leche en polvo en el mercado negro coordina ahora sus viajes al Ecuador. Lo hace a la mano, con un teléfono *Nokia* último modelo que se agenció tras sus primeras ganancias, sumido en un incansable mercadeo clandestino de ropas «de marca» que inyecta en el mercado nacional.

Y todo este torrente creciente de clandestinos intereses privados se abre paso. Se consolida mediante toda una infraestructura, creciente amasijo interconectado mediante teléfonos celulares, computadores, memorias *flash*, cámaras digitales y el seremil de nuevos soportes electrónicos de diversos tipos que continúan apareciendo. Son los nuevos demonios que, para espanto de los ancianos que nos gobiernan, siguen filtrándose en la población mucho más allá de los límites que ellos habían autorizado con cuentagotas o prohibido terminantemente. Hace apenas tres años, a unos turistas argentinos les decomisaron una cámara fotográfica porque... ¡tenía GPS! Hoy por hoy es difícil encontrarse en Cuba un adminículo de comunicación que no lo tenga.

Con el incansable arribo de estas tecnologías cambia el *homo cubensis*. Surgen vínculos novedosos, se establecen o restablecen nuevos y sorprendentes nexos de familia y de beneficios, se intercambian ideas e informaciones irreverentes a nivel de la cola del yogurt. Lenta e inexorablemente, el Estado represivo va perdiendo la iniciativa de ser el único proveedor de su propia edulcorada imagen. La fea verdad que va surgiendo, va transformando la visión colectiva de esta realidad, permitiendo distinguir con mayor claridad y desasosiego los detalles del espantoso deterioro circundante. Y todo eso está ocurriendo ahora mismo, creciendo sin

parar a un ritmo e intensidad impensables, volviéndose cada vez menos controlable.

De repente la única columna vertical y oficial de información censurada a la que teníamos acceso va siendo superada por una horizontal descartada, cada vez más abundante, que hasta fuerza a la «oficial» a revelar cosas, como pasó recientemente con la muerte de Orlando Zapata o la huelga de hambre de Guillermo Fariñas.

El Caos Creativo comienza a crecer. Crea repentinas ramificaciones clandestinas y mejora las organizadas tentativamente por el tortuoso mercado negro de hace años. Son dinámicas que reditúan y que, inquietas, se desplazan incesantemente hacia mayores beneficios. Todo ello afloja y hace saltar los viejos tornillos de los controles, regulaciones y prohibiciones: los interdictos que en Cuba bajan constantemente, como una mala filtración de aguas estancadas, desde el secreto del poder a través de las ramificaciones burocráticas ante cada gesto de independencia ciudadana. Para hacer un símil técnico de resumen: se podría decir que el *software* independiente de la sociedad civil cambia mucho más rápido y crece *idem* que la capacidad instalada, o *hardware*, del Estado con mentalidad de plantador esclavista.

Pese a la esperanza de muchos defensores del estatus quo, que se apresta hacia una nueva dinámica de mecanismos de control, el fenómeno de la modernización no se detiene. Convulsiona espíritus inquietos en muchos sentidos y no sólo en pesos o moneda convertible. También da fuerzas para ser patriota. Hace que cada día broten díscolos y aparezcan desobedientes, se expresen inconformes e impensables audaces se dispongan a violar lo rígidamente establecido acerca de lo que se puede tener en mente o hablar. *Hackers* y subrepticios empresarios ponen al rojo líneas

y conexiones clandestinas, oficios y servicios no autorizados. Son las nuevas criaturas que irrumpen y escapan de esos meridianos que no se pueden meter presos ni aislar en solitaria: la *web*, la electrónica, la fascinante novedad técnica.

Y es que la sociedad civil, atiborrada de ideología hasta la náusea, empieza a desideologizarse. Está claro que, hasta el presente, la mayoría no lo hace en términos políticos. No piden democracia ni derechos humanos y, al igual que los alemanes del período nazi, poco piensan en las miles de víctimas que se pudren en las cárceles por querer buscarse la vida fuera de los estrechos cánones del régimen o por defender ideas libertarias que a todos nos atañen. Sencillamente van a lo suyo, cada cual *¡a resolver, mi socio!*

Mas increíblemente, ese desmadre febril por satisfacer sus propios intereses personales resulta intolerable a un régimen vetusto, acostumbrado a ver al pueblo como una masa amorfa a la que le autorizan o asignan algo, incluso los medios de subsistencia. Pero lo dicho: están estos otros individuos, unos pocos, que a cada rato irrumpen con cartas públicas e incendiarias que, sacudiendo conciencias, levantan tormentas de respuestas airadas de rechazo, inconformidad o apoyo entre los muchos que van sedientos de verdades.

Y para colmo hasta aparecen algunos aún más peculiares. Son los representantes de ese nuevo bicho, de inesperada capacidad de dispersión en el escenario cubano: el bloguero. Desenfadados e incisivos, manifiestan deseos, inquietudes y carencias de la nueva generación con una especie de crónicas del avatar diario. Con sólo eso, siempre dudando de lo establecido como verdad absoluta, ponen en solfa lo hasta hace poco incuestionable. Con ello manifiestan algo que va más allá de lo políticamente partidario, del ren-

cuentro familiar o del simple deseo de reeditar beneficios. Con sus íntimas dudas son la más moderna expresión de inquietud ciudadana por el presente y destino de todos. Y con el alcance que están teniendo a nivel mundial demuestran lo efectivos que son con ese sencillo mensaje. Es como la avanzada de La Tercera Ola que anunciara Alvin Toffler, pero en su más pura esencia, que no es el simple uso de medios de comunicación modernos, sino expresar, por primera vez en esa vía, su carácter de libres representantes de la vigorosa sociedad civil que vamos a ser en el futuro.

El novedoso caso de Yoanis Sánchez es la prueba más contundente. Bastó una golpiza de los represivos para que el presidente norteamericano Obama la mencionara y esto trajera como consecuencia que, también *de golpe*, los visitantes de su blog *Generación Y* ascendieran de uno a catorce millones. Y como ella misma asegurara, la página electrónica de *Granma Internacional* tiene mucho menos: tres millones de incursiones.

Este nuevo fenómeno de las comunicaciones modernas y el trastorno hacia el progreso que está provocando en nuestra sociedad tiene un nombre: movimiento. La sociedad civil, esa protagonista desplazada por el Gran Estado, sujeta en la trastienda a fuerza de prohibiciones, regulaciones, impedimentas y obstáculos burocráticos, como un Rip Van Winkle antillano comienza a desperezarse de larga invernada gracias a las primeras salpicaduras de la Era de la Información.

El dilema

Y esto provoca un dilema y un reto a las principales fuerzas que están en abierto jaque hace veinte años. Por un lado la apisonada, mas a pesar de ello aún viva y creciente oposición pacífica al régimen. Y por el otro extremo, el

brazo del Gran Estado, la policía política que acosa con mano feroz, empeñada en inútiles intentos por hacer desaparecer aquella del todo. El imparable cambio que viene afecta ya a ambos, cambia sus respectivos procedimientos y perspectivas.

Como parte inquieta y creciente de la sociedad civil que se organiza por sus intereses, la oposición pacífica se encuentra en una encrucijada. Si sus organizaciones y líderes no saben identificar, entender e incorporarse a esa modernidad pujante de los nuevos medios de comunicación con su inmedible alcance, sencillamente van a ser desplazados por los nuevos protagonistas que sí lo hagan y representen con plena capacidad los infinitos intereses, no sólo políticos, de la población que se va sumando a esa modernidad con espacio cada vez mayor en nuestras vidas. Entiéndase bien la eterna verdad: hay que estar con los tiempos que corren.

Entretanto el aparato de la policía política se enfrenta a un dilema mayor: como representantes de un orden impopular, su maquinaria represiva no tiene espacio posible en ese futuro en ciernes que ahora intentan inútilmente impedir. Ya hay señales. Esos viejos métodos de intimidación y control de la ciudadanía, que tanto les sirvieron en el pasado, se están volviendo repentinamente obsoletos. Su indiscutido mayorazgo absoluto comienza a ser sacudido por el creciente protagonismo de grupos, a veces un poco inconexos o informales, de la sociedad civil. Diversos individuos y conjuntos empiezan a incursionar desenfadadamente en espacios públicos, manifestando su inconformidad hasta con un peligroso síndrome renacido de las cenizas: el choteo político, y muchas veces incluyen las figuras inamovibles del poder.

Antes estos hechos, las fuerzas represivas pronto van a verse forzadas a tomar una decisión en medio de la disyuntiva de incrementar el control ciudadano (lo que significaría altos

costos económicos, aumento de gendarmes, deterioro de imagen y consecuencias imprevisibles) o dar un sabio paso atrás y dejar que las aguas alcancen libremente su nivel. Lamentablemente, ya empiezan a aparecer señales de que han optado por la primera variante como plato fuerte. Quizá sean demasiados años de arrogancia y seguridad de que nada puede desplazarlos del poder y eso les impide ver la verdad. Ha sido así en otros casos de dictaduras engegucidas por la soberbia. Muchas no sobrevivieron a cambios y fuerzas que van más allá de reforzar las fronteras nacionales, igual que en nuestro país.

Como sea, los hombres del Poder no parecen estar leyendo las señales. Quizá no tengan ya esa capacidad. Este es un fenómeno libertario nuevo, dentro de las mejores cosas que está trayendo una indetenible globalización que a todos absorbe y transforma. Y no se puede aislar y poner en cínico estanco al servicio exclusivo del Estado. Ya lo han intentado hacer varias veces, siempre inútilmente. Viene a la mente uno de los fracasos estratégicos más recientes y sonados del aparato de inteligencia del régimen: el alto centro universitario creado con fines de una imaginada guerra cibernética. Los futuros soldados revolucionarios de la web, supuestamente concebidos y dispuestos para dar contracandela con su ingenio al monstruo globalizador, han preferido y prefieren utilizar buena parte de sus energías y conocimientos en satisfacer intereses personales. Empeñados en un imposible más que evidente, el aparato de inteligencia represiva ha incursionado en cuánto proyecto capitalista ha podido, siempre intentando inútilmente aislarlo de la famélica población. Ya suman toda una amplia gama, desde un servicio controlado de prostitutas disfrazadas de compañeras de asueto, a cambio de un salario para atender a

visitantes prestigiosos, pasando por traficar con drogas, hasta prohibir el acceso a Internet a los ciudadanos y crear cientos de páginas web para propagandizar las bondades del régimen. A pesar de todos sus cuidados y métodos brutales, la sociedad civil siempre se les ha escapado entre los dedos y ha empezado a vivir por cuenta propia. Ahora es inasible.

Esta obtusa insistencia en lo mismo, una y otra vez, parece llenar el perfil de una obcecación anciana, incapaz de entender cabalmente el alcance de las nuevas corrientes (que han revolucionado y han hecho progresar en muy corto tiempo a amplios sectores de naciones pobres como China y la India). No hay decisión táctica de un grupo maduro y profesional con suficiente frialdad e información actualizada como para valorar racionalmente los hechos y sus consecuencias.

El futuro que avanza impetuoso

¿Debemos regocijarnos o asustarnos con estas perspectivas? ¿Toda esa inquietud que empieza a estremecer imperceptiblemente nuestra presente sociedad estará conformando el mosto de la del futuro? ¿O será el caldo final que diluya la del insatisfactorio presente? Los que se mueven como peces en esas aguas de la tecnología que nos va anegando cada vez más rápido, utilizando un metalenguaje tecnológico de comunicación

que es incomprensible para la mayoría, ¿incluyen en su avatar la imagen de una *patria futura*, con ese más que reiterado esquema de *con todos y para el bien de todos* que hasta ha sido la proyección modélica de una acosada oposición política?

Tengámoslo bien presente: la encrucijada hacia cambios profundos en la nación está empezando a perfilarse a simple vista. Es tan inevitable como las pandemias que viajan por los continentes a la par de millones de turistas. No existe ninguna *invulnerabilidad* ante nada: ni ciclones, influencias, pederastia por Internet, mafias narcotraficantes o asesinos seriadados. No si para impedirlo hay que vivir en un cuartel a costo oneroso para el futuro de la nación. Para combatir todos esos males con éxito nos haría fuertes comenzar a poner en manos de la población la libertad informativa, la economía de mercado, la democracia, el Estado de Derecho. Son instrumentos probados de orden civil y progreso.

La falta de perspectiva frente a la modernidad y el aferramiento a lo viejo, por aquello de *más vale malo conocido...* sólo va a lograr que los índices de sufrimiento de la población aumenten. Hemos estado demasiado aislados de los éxitos y pecados del mundo y nos van a llegar de todas maneras y de sopetón. La Tercera Ola ya nos está avisando con sus aciertos e injusticias. Sería bueno acabar de aprender a nadar en sus aguas, y no esperar a que nos ahoguen.